

J. W. von Goethe: *Viaje a Italia (Italienische Reise)* traducción de Fanny G. Garrido, Madrid, 1891

Una edición interesante la que en 1891 hizo esta adelantada de la intelectualidad femenina a finales de siglo. Casada con un académico, su nombre merece figurar en ese panteón de eruditos y escritores que sin gran perfil público desarrollaron desde la traducción una gran labor cultural. Autora también de una traducción de obras teatrales de Goethe, la presente responde a ese criterio, hoy en boga, de que una traducción debe funcionar como texto original, concepto harto discutible por cierto. Efectivamente, la traducción de Fanny Garrido, aparecida en la Biblioteca Clásica de la célebre casa editora Viuda de Hernando y Cía., y editada en dos tomos, se lee con el agrado que provoca la sensación de que el texto hubiera sido redactado en español —por supuesto, el de esa época. Pero ese agrado se torna en desconfianza cuando el lector metido a crítico de traducción compara ambos textos y va comprobando la *autoría* que el traductor se arroga y que se sobrepone a la del autor.

Rukser —*Goethe en el mundo hispánico*, F. Cultura Económica, 1977— recoge esta traducción como la primera de este clásico de los relatos viajeros. Pageard —*Goethe en España*, CSIC, 1958— omite toda la referencia a esta obra en sus muy elaborados catálogos. A esas alturas del siglo, las numerosas traducciones y los menos numerosos trabajos críticos de González y Serrano, Emilio Castelar, Juan Fastenrath, Pedro Pérez, etc., han hecho de Goethe un clásico perfectamente naturalizado en España que, por ejemplo, dispone de versiones repetidas del *Fausto* —las de 1868, 1878, 1872, p. ej.—, del *Werther* o el *Wilhelm Meister*, debidas a las plumas, notables, de Milá y Fontanals, Aygual de Izco, Valera, Teodoro Llorente, etc. Era, sin embargo, la primera que aparecía este título. Comparando esta traducción con la

posterior de Cansinos Assens (Aguilar, 1967), se nota el paso del tiempo sobre el lenguaje y el estilo y se comprueba que la *retraducción* es tarea insoslayable: toda época debe tener su traducción de los clásicos —antiguos y modernos— al igual que toda época tiene su estilo decorativo. Posiblemente no estaría de más una nueva traducción del viaje italiano. De todas maneras, la obligación de *aggiornamento* no eximiría de la no menos imperiosa necesidad de *fidelidad conyugal* al texto, deber éste que Fanny Garrido no tiene tan claro.

Un botón de muestra: en la jornada del 14 de septiembre de 1787, nuestro viajero se halla en las riberas del Lago de Garda. En las anotaciones de ese día, Goethe recupera un incidente policiaco diplomático que le han llevado a un enfrentamiento con las autoridades vénetas:

Der Gegenwind, der mich gestern in den Hafen von Malcesine trieb, bereitete mir ein gefährliches Abenteuer, welches ich mit gutem Humor überstand und in der Erinnerung lustig finde.

dice el texto alemán, que en su versión española se reproduce de la siguiente manera:

El viento contrario, empujándome ayer al puerto de Malsesina, me preparaba una aventura peligrosa que *arrostré* peligrosamente, y que aparece en mi recuerdo de manera bien *singular*.

Como se puede comprobar, el verbo *überstand* sufre un importante desplazamiento semántico convirtiéndose en «arrostrar», cuando más que «echarse en rostro», el alemán *überstehen* es un verbo resultativo que indica la acción de «superar» algo (Grimm: *ausharrend überwinden*). Por su parte, la traductora hace que ese episodio que ha enfrentado a Goethe con la poli-

cía italiana y que él encuentra «muy divertido» (*sehr lustig finde*), se considere por el lector español como «muy peculiar».

Otras calas textuales: *Wie ich mir vorgenommen hatte* (según me había propuesto), continúa el texto en un pasaje que el traductor transforma con criterio muy peculiar en «según lo prometido». Si al menos, hubiera añadido el pronombre reflexivo... «Como me había prometido» —no habría sido exactamente lo mismo que *wie ich mir vorgenommen hatte*— se habría atendido a la fidelidad que a todo traductor cumple. El adverbio *beizeiten* («con tiempo» o «a tiempo») en *ging ich morgens beizeiten in das alte Schloss* se traduce por un «despacio» («fui por la mañana siguiente despacio al antiguo castillo»), lo que desvirtúa la información que Goethe pretende dar a su memoria y al lector en un tipo de texto que une lo informativo y lo expresivo. Incluso haciendo valer la permisividad a la que puede apelar el traductor de textos literarios —esos que los *heidelberguenses* llaman «textos expresivos»—, la exactitud debería primar en un caso en el que no hay ningún motivo para ese desplazamiento de información de lo «temporal» (a tiempo) a lo «modal» (despacio).

El muestrario de tales desplazamientos a lo largo del texto sería amplísimo y no haría sino reforzar una impresión en el que esto escribe de que franceses e hispanos no andan muy lejos en lo que a relajación de costumbres se refiere. Al menos, en materia de traducción, su infidelidad no va a la zaga a la que entre ellos impera en las relaciones personales. Es la nuestra una manera de traducir que, desde que empezara la reflexión traductológica española en la

última Edad Media (véase la Antología de J. C. Santoyo), parece comprobar una adhesión a la *belleza infiel* que los franceses hicieron propia y que frecuentemente se pone bajo la advocación de San Jerónimo. De ahí derivan quizás esas diatribas que últimamente reciben Ortega y Gasset («Miseria y esplendor de la traducción») y su pretensión de adaptación de la propia lengua al texto extranjero. No estaría de más, en época de «parejas de hecho», maridar la teoría jeronimiana con la de Benjamin, quien en su *Tarea del traductor* apelaba a Pannwitz y a la violencia pasiva de la propia lengua.

En el caso presente, esa laxitud en aras de la libertad y del respeto al destinatario pasa incluso por alto otras cualidades como la de la congruencia (*Frankfurt am Main* se traduce en este *Viaje* por «Francfort, sobre el Main», cuando, de haber sido congruente, habría tenido que traducir los dos topónimos, Fráncfort y Meno) o la precisión (*eine geborne Brentano*, se traduce por «Brentana de nacimiento», cuando debería haber dicho «Brentano de soltera»).

Es ésta, pues, una traducción que demuestra que la dualidad entre fidelidad (deseo de saber no sólo *lo que se quiere decir*, eso que cierta traductología llama el *vouloir dire*, sino también *lo que dijo* y *cómo lo dijo*) y libertad (relación laxa e irrespetuosa a la palabra) sigue existiendo y que deberíamos someter a crítica ese postulado, dado sin mayor crítica como dogma de fe traductiva, de la función del texto-meta como texto original.

Miguel Á. Vega